

vada, la S, y el clavo del Demonio, ¿qué logrará con haver vivido señalada con la Cruz de Christo? Mayor culpa, mayor pena, mayor condenacion: *Qui malè operatur* (dice San Agustin) *quando se signat, peccatum illius non minuitur, sed augetur.* ¿Judas, Judas, con un ósculo me entregas? ¿con un ósculo me vendes? ¿con un ósculo me llevas à la muerte? ¿Señor, Señor, que mas parece que os duele aquí un beso de Judas, que allí la bofetada de Malco? Sí: No veis, que es señal de amistad el ósculo, y hacer la ofensa debaxo de la que es señal de amor, es suma maldad: *Hoc malum fecit signum*, (le dá en la cara la Iglesia à este traydor, no tanto con la culpa, quanto con lo perverso de su solapa) *hoc malum fecit signum, qui per osculum adimplevit homicidium.* ¿Con la señal, con la señal de amigo ocultar obras de traydor! ¿Oh, qué vileza! ¿Oh, qué maldad! Pues si la Cruz, Christianos, es la señal con que nos preciamos de ser de Jesu-Christo, la Cruz ha de ser tambien la que mas gravemente nos condene, si nuestras obras no dicen con la señal de lo que somos.

San Gregorio Turonense (Greg. Tur. l. 1. de *Glor. Mart.*) refiere haver visto una Cruz engastada en una piedra preciosa, de una propiedad tan admirable, que si el que la miraba estaba en gracia de Dios, y sin culpa en su alma, la Cruz se mostraba hermosísima, y cercada de un purísimo resplandor; pero si llegaba à verla alguno, que estuviese en pecado mortal, la Cruz al punto, perdiendo todo su resplandor, iba quedando triste, y obscura, hasta ponerse toda negra. ¿Qué fue esto? Prevenirnos de lo que con la señal de la Cruz nos ha de suceder el día del Juicio. Entonces, dice S. Matheo, que ha de aparecer la señal del hijo del hombre: *Tunc aparebit signum filii hominis.* (Matth. c. 24. vers. 30.) ¿Y para qué ha de aparecer? Para que solo con verla, dice S. Chrysostomo, (*Hom. 20. in Matth.*) no sea menester mas acusacion. Aquella señal ha de ser entonces la que mudamente, poniendoles à los Christianos à los ojos sus obligaciones, que no cumplieron ingratos, à que no correspondieron agradecidos, les hará señal (¡qué terrible!) de su condenacion eterna: *Non opus erit accusationis ubi viderint Crucem.* Christiano, prosigue el Chrysostomo, contra tí han de gritar los clavos, y la Cruz ha de ser el acusador, el testigo, y el Abogado, que pida tu condenacion: *Clavi de te conquerentur, Crux Christi contra te peroravit.* Por el contrario, los buenos Christianos, los que allí estarán escogidos, dicen gravísimos AA. (*Corn. in Ezeq. cap. 9. q. 4.*) que tendrán en sus frentes gravada la señal de la Cruz por señal de su gloria, por señal de su salvacion. ¿Oh, Dios! ¿Oh, Dios! ¿Qué, la Cruz, que ahora es señal de todos los Christianos, ha de venir tiempo en que essa misma Cruz sea señal, que distinga los unos de los otros Christianos? Oh, si acá lo conocieramos, como se lo dió à conocer la misma Cruz à aquel exemplar prodigioso de

la penitencia, à aquella muger admirable, que haviendo puestto por peana sus passadas culpas, elevó hasta los Cielos su santidad.

Sea, pues, este el exemplo. Surio à 9. de Abril. Theophil. Rayn. t. 9.) Nació en una Ciudad de Egipto una niña, que à los doce años de su edad, consumada en siglos de hermosura, perdió à sus padres: ¿Qué desgracia! Si la havian de cuidar, fue lo sin duda: pero si la havian de servir de lo que acá suelen no pocas madres, la dicha de las hijas fuera de haverlas perdido, para no estar ellas perdidas. Aquella en fin, con libertad, con hermosura, y con pocos años (¡oh, qué tres atractivos para el mas desventurado precipicio!) à esse la despenaron. Porque viniendose à la Ciudad de Alexandria con ella, introduxo allí el infierno todas sus máquinas, y los que desde luego empezaron en aplauso de su hermosura, se continuaron en horrores de su torpeza, y en écos escandalosos de su infamia. Diez y siete años prosiguió tan vil ramera, que ella misma provocaba lo que detenía, ò la vergüenza, ò el enfado. Así corria, quando acercandose en Jerusalem la solemníssima Fiesta de la Exaltacion de la Santa Cruz, à que concurrían de las Provincias mas remotas à vér, y gozar aquella Señal gloriosa de nuestro remedio: saliendo en una Nave muchos de Alexandria, à que ella, oyendo fiesta, sin mas devocion que al concurso, à vér, y ser vista: Allá he de ir, dice, y al punto lo executa. Entrase en la Nave à proseguir allí en un mar de culpas, y à trasladar à Jerusalem sus escándalos. Previno sus adornos para la Fiesta: llegóse el día de la Exaltacion de la Santa Cruz, en que el Arzobispo de aquella Ciudad, puestto en un lugar alto, mostraba al Pueblo aquel Santo Madero, en que conseguimos nuestra Redencion. Fuefe aquella entre innumerable concurso. ¿A qué? A la Iglesia: ¿Qué de ellas lo dicen así, y van mas al infierno, que à la Iglesia! como aquella iba. Pero, ò misericordia infinita, ¡cómo logras tus amorosos tiros, donde menos lo piensa un alma! Llegó ésta, y muy ufana ibase à entrar con todos, quando al llegar à los umbrales, siente que la detienen, sin vér qué manos; forceja á moverse, y en vez de adelantar el passo, vé, que la vá retirando no sé qué impulso. ¿Qué es esto? ¿Si acaso fue el aprieto de la gente? Vuelve segunda vez con mas cuidado, y siente que sin poderlo resistir, por segunda vez la retiran. ¿Qué tengo yo? ¿Todos entran, y yo sola no he de poder, ni aun llegar à las puertas? Porfia tercera vez, y no vale: vuelve por quarta vez, y aun se queda. Aquí yá à la luz de el desengaño; y aquí atropada la eficacia de el Divino auxilio. Estos son mis pecados, dice, que no quiere Dios que yo vea su Cruz, pues soy yo la que he agravado à su Cruz tan infamemente el peso. Así lo pensaba quando levantando los ojos, vió sobre la puerta una Imagen de la Sma. Virgen Maria, y entonces derretido su corazon, empieza à hablarla con sus lágrimas, y prosigue à mover su piedad con su

ge-

gemidos: Oh, Señora, Madre de pecadores, ya veo, y conozco quan perdidamente lo he sido; ¿pero qué no conseguire de tu Hijo, si tú eres mi fiadora? De lo pasado, ¡oh, cómo me arrepiento! Y en lo venidero, ¡qué otra será mi vida! Ya veo mis torpezas, ya conozco el numero sin numero de mis culpas, ya lloro los imponderables daños de mis escándalos. Concededme, Señora, que yo vea ahora la Cruz, que yá he de conseguir con mis pasos, y que yá he de retratar en mi vida: dixo, è yendose à la puerta, yá, sin que la embarazara nada, entró al Templo, adoró la Santa Cruz, yá con el corazon tan otro, que de allí salió à hacer la mas prodigiosa penitencia, que vieron los desertos, y à alcanzar una santidad de las mas prodigiosas, que adoramos en los Altares: esta fue la conversion de Santa Maria Egypciaca. A vista de la Cruz, qué dicha! Oh, no aguardemos nosotros à quando la señal de la Cruz nos deseché para el Infierno; logremosla quando nos es señal de gracia, para que por ella podamos conseguir la Gloria.

PLATICA VII.

EN DIA DE CORPUS-CHRISTI:
de el origen de la Fiesta, y de su
solemne Procecion.

A 25. de Mayo de 1690.

Nuestra explicacion nos obliga hoy à seguir la Cruz, y el dia nos está convidando à ir en la Procecion, todo es uno; que seguir la Cruz, esto es ir en Procecion, segun el language de los antiguos Christianos, dice nuestro erudito Raynaudo: *Crucem sequi, dicitur pro eo quod est interesse processioni.* (Rayn. tom. 15. Her. f. 106. n. 16.) Tan antiguo es el uso santo, de que vaya siempre por delante de la Procecion la Santa Cruz, que desde el quarto figlo de la Iglesia, en que respiró yá la Christiandad de treientos años de perfecciones, y tormentos; así que el Gran Constantino arboló la Cruz por vándera dichosa à sus Exercitos, la Iglesia Santa levantó tambien la Cruz por Estandarte piadoso à sus Proceciones. (*Ap. Rayn. ibi.*) De los tiempos de S. Chrysostomo lo refieren Socrates, Sozomeno, y Niceforo. Y de sus tiempos lo menciona establecido el Gran Emperador Justiniano en la Novela Constitucion 123. De aqui, pues, vino el comun modo de decir, que seguir la Cruz, es ir en Procecion. Con que sin dexar de seguir la Cruz, podemos nosotros hoy ir en la Procecion, y tanto, dice nuestro Raynaudo, que los antiguos Christianos, por decir: voy à la Procecion, decían: voy à la Cruz: *In actis S. Cune-gundis dicitur, parentes cujusdam puella reversos à Crucibus, id est, à Processione.* (Rayn. ubi sup.) De modo, que ir à la Procecion lo miraban entonces los Christianos como ir à la Cruz. No sé si

ahora tienen tan por Cruz esto ir à la Procecion. Allá lo saben, allá lo vean, pues lo cierto es, que à la Procecion de el Corpus-Christi, con mucha especialidad debieramos ir como à la Cruz; porque el hacernos el Señor este Divino, infinito, è inexplicable beneficio de darsenos en manjar en su Sacramento, quiso que siempre fuera tierno recuerdo à nuestra memoria de su Passion, y de su Cruz. A esa miran en el Santo Sacrificio de la Misa tantas Cruces como hacemos los Sacerdotes, y à eso atendió el Señor en querer, que este Sacrificio fuese siempre tan à vista de la Cruz, que ésta no falte del Altar. Digalo el tan prodigioso como sabido milagro de la Cruz de Carabaca, que del Cielo traxeron los Angeles, porque no faltase Cruz en el Altar. Y de S. Ignacio, Arzobispo de Constantinopla, refiere Baronio, que siempre que consagraba, al alzar la Hostia, la Cruz que estaba en el Altar, à ese mismo passo se iba levantando en el ayre, y baxaba tambien la Cruz, al passo que baxaba la Hostia: Tal correspondencia tiene con la Cruz este Divino Sacramento, porque en él nunca nos olvidemos de la Cruz. Y ahora, pues yá vá delante la Cruz, empecémos à vér la Procecion del Corpus, como quien sigue en ella à la Cruz, quiero decir, con espíritu, y con devocion. Pero mientras van llegando los Santos, y se ponen en orden las Co-fradias; me pregunta un curioso, cuál fue el principio de esta Fiesta? ¿Y qué fin pretende la Iglesia con esta solemne Procecion? Vá de fiesta, y venga de atencion.

(Hautino, n. 1063. y n. 1070.) Por los años de 1210. florecia en Lieja de Flandes una santa Doncella de muy conocida virtud, llamada Juliana de Monte Cornelio: à ésta, quando en lo mas fervoroso de su oracion, dió en representarse una hermosísima Luna; pero aunque cercada de bellísimos resplandores, advertia, que para llenar del todo su hermoso círculo, le faltaba un poco; reparó la Santa Virgen, y respondieronla de el Cielo, que aquella Luna era la Iglesia Militante, à quien para llegar à toda la plenitud de la hermosura en sus Sagrados Ritos, le faltaba celebrar una solemne fiesta al Santísimo Sacramento. Ella, tan humilde, como virtuosa, temiendo algun engaño, se acogió al seguro dictamen de vér, y callar. Veinte años estuvo viendo esta vision, y callandola veinte años. (no callan tanto otras, las que quizá no son revelaciones.) Hasta que el año yá de 1230. concurriendo otra semejante revelacion à otra tambien santa Doncella, llamada Isabel, con esto se alentó Juliana à decir lo que havia visto. Y comunicada la materia con gran madurez entre Varones Doctísimos, Roberto entronces Obispo de Lieja el año de 1240. publicó esta fiesta en su Obispado, (*Rayn. t. 13. Herter. fol. 205. n. 14. & fol. 209.*) Era Arceidiano entonces de Lieja Jacobo Pantaleon, el qual llegando poco despues à ser Sumo Pontífice de la Iglesia, se llamó Urbano IV. y yá en la Silla, con aquellas noticias, con otros milagros, que suce-

dieron, y à instancia de otra Santa Virgen, que florecía tambien en Lieja, y se llamaba Eva: porque si fue una Eva la que nos dió en un bocado la muerte, fuese otra Eva la que hiciese triunfar en el mundo el manjar, que nos dá la vida: En fin, Urbano IV. el año de 1262. expidió una Bula llena de piedad à toda la Iglesia, mandando, que en este día se celebrara esta fiesta, con todas demostraciones de piedad, y de regocijada devocion. Más tardó su execucion hasta los años de 1306. en que el Sumo Pontífice Clemente V. en el Concilio Vienense la confirmó de nuevo, y con todo pasaron algunos años hasta el de 1317. en que el Sumo Pontífice Juan XXII. promulgando las Clementinas, incluyó aquella en la Clementina: *Si Dominum, de Reliquiis*; y mandó que se hiciese la solemníssima Procecion. Y desde allí se empezó à celebrar por toda la Iglesia con universal regocijo. Y por acabarles de dar un recio tapaboca à los impios Hereges, la confirmó despues con gravísimas, piadolísimas, y ponderosísimas palabras el Sacrosanto Concilio de Trento en la *Ses. 13. c. 5.*

Este es, pues, el origen de salir aquel Divino Sol Sacramentado à llenar la Luna hermosa de la Iglesia de bellísimos resplandores, à derramar en nuestras almas purísimas luces, à esparcir en nuestros corazones rayos que los encienda. Oh, Christianos! Cante alegres triunfos nuestra Fé, dé faltos de placér nuestra Esperanza, suba en quieta llama nuestra Caridad, derramése toda en festivos aplausos la devocion, el Coro retuene en alegres concertos, la Música refine toda su harmonía en dulces hymnos, la pureza rebóse por los labios el regocijo en alabanzas, y asomése por los ojos en lágrimas el alborozo.

Pero ya ván llegando los Estandartes: ¿qué significa esto? ¿Pues no bastaba uno? Insignias eran en la antigüedad del triunfo llevar el vencedor por delante las Vanderas de los Exercitos vencidos. ¿Y acá? Son esos Estandartes insignias de nuestra Fé; en que gustosamente cautivos nuestros entendimientos, adoramos à nuestro verdadero Dios debaxo de las especies de Pan. ¿Y cuántos actos de Fé le haveis ofrecido hoy, Cathólicos? No sé si os havreis acordado, que si toda la diversion se busca à los ojos, no tiene ojos la Fé. Acuerdome, que en este día se renueva siempre con ternura en la Ciudad de Goatemala la memoria de aquel admirable Varon, Padre de pobres, el Hermano Pedro de San Joseph, que en este día atando su capa en una gruesa pertiga, para que à él le sirviese de Cruz, lo que al Divino Sacramento de victorioso Estandarte, con él tan fuera de sí, entre los regocijos de su Fé, iba en la Procecion, ya reboleando, è ya batiendo su vanderá con tales demostraciones de un absorto, y abraçado zelo, que afomando à los unos las lágrimas, à los otros la admiracion, y à todos el ajuste, era él solo el que gobernaba toda la Procecion. ¡Ah, Christianos! Quanto le agradaria mas à Dios aquella capa de palmilla burda, puesta en un palo, que mu-

chas sedas, y muchas telas hechas Estandarte del demonio! Aquel mismo Dios, que está llenando de gloria à los Cielos, es el que se paséa entre nosotros: avivémos la Fé; eso será llevar en la Procecion el Estandarte. Pero ya ván pasando las Cofradías, y todos con velas encendidas en las manos. ¿Por qué? Era tambien esa en la antigüedad insignia de triunfo. No puedo detenerme à erudicion; (*Haut. n. 1055. El triunfo de Julio Cesar. It. n. 1058.*) pero acá es eso triunfar en amorosas llamas de encendidos afectos nuestra caridad; han de ir los corazones mas derretidos en amor, en amor todas esas materiales llamas, que así à nuestro Dios su amor infinito le hizo en aquel Sacramento quedarle con nosotros: ¿con qué se paga amor, sino con amor? Havia acompañado en este día la Procecion el Emperador Ferdinando II. llevando en la mano un hacha de quatro pávilos, y del exercicio, y del peso le sobrevino una terrible hinchazon al brazo, y mientras daba cuidado, y aun amagaba peligro, llegó la Procecion del Domingo: hoy, le dixo uno de sus Principes, está V. Magestad escusado de asistir à la Procecion: No lo estoy por cierto (respondió) que todavia me queda el otro brazo, con que asistirle en su debido obsequio à mi Dios; y así lo hizo. ¡Oh, corazon Austriaco! Basta, que con esto he dicho lo catholico. No respondió eso cierto Guardian, que de miserable, porque no se le gastara cera, queria que la Procecion de este día anduviese solo por dentro del Claustro. Instaronle con tanta porfia los del Pueblo, à que havia de salir por las calles, que viendose apurado, y apretado à sus instancias, volviendose al Señor, le dixo: Señor, bien sabeis quan pobre está el Convento, y así toda la cera que se gastare, me la haveis de pagar. Se la pagó el Señor tan puntualmente, que haviendo andado la Procecion por espacio de quatro horas, ardiendo en ella muchas hachas, pesandolas despues, se halló, que no se havia consumido, ni una gota. Ah, corazones apocados! Lo que se dá à Dios, no se pierde. Arded, arded, que allá vereis en lugar de el consumido el lógro. Pero ya llegan los Santos; y qué de ellos vienen! Sí. Es costumbre muy antigua en la Iglesia, que con sus Santas Imagenes nos acompañen acá en la tierra los que ya en el Cielo triunfan, no solo para que nos alcancen de Dios nuestros ruegos, sino tambien para que à vista suya se aliente nuestra esperanza, que los hemos de ir à acompañar allá en el Cielo en aquella Procecion festiva, en que ellos siguen à este Divino Cordero, que acá nosotros celebramos. Ahí iba hoy la Imagen de S. Felipe de Jesus: ¿cuántas veces vería él en esa calle, como nosotros ahora, la Procecion? Alíentese, pues, nuestra esperanza; mas para que sea verdadera, hemos de tener en el alma el adorno de las demás virtudes. Eso nos avisa todo ese aparato con que se asean, y se previenen las calles, sombras, ramos, y flores, tapices, colgaduras, y sedas: todo es decirnos, que las flores, y los ramos de la naturaleza se ayuden con los brillos, y graciosos texidos de

la gracia; y esa será la mejor prevencion de precioso adorno para celebrar aquel Divino Sacramento. Sí; ¿pero qué hemos de decir à los Gigantes? Confieso, que no he podido hallar el origen; mas yo pienso, que es decirnos, que por virtud de este Divino Sacramento, quedamos todos tan robustos, tan poderosos, tan fuertes, que con este Pan Soberano, mejor que aquellos fabulosos Gigantes, hemos de escalar el Cielo, y nos hemos de hacer dueños de la Gloria; y si es tanta nuestra dicha, las danzas nos exciten al espiritual regocijo; las músicas hagan rebosar el gozo en nuestros corazones; los clarines, las chirimias, y las campanas conspirén al regocijado alborozo, à la alegre pompa, al festivo aplauso. ¿Qué linda vá la Procecion? Sí. Como lleve los Estandartes nuestra Fé, las antorchas nuestra Caridad, con los Santos vaya nuestra Esperanza, y todas las Virtudes sean el adorno, y las colgaduras de nuestras almas; linda Procecion por cierto, pero si no hay esto, lo demás nada sirve.

Pero à todo esto ¿no hay quien me pregunte por la Tarasca? Pues ha de salir, que es fuerza. Este nombre Tarasca se tomó del Verbo Griego *The-racca*, que quiere decir espantar, poner miedo. ¿Con que Tarasca quiere decir espantajo? Sí: no le vén aquella figura, qué fiera? Parece Dragon, parece Ballena, parece Sierpe, y lo es todo, pues es Tarasca: esa significa el Demonio, aquel Dragón fiero, de quien nos promete David, que lo ha de sujetar Dios, hasta ser juguete de muchachos: *Draco iste quem formasti ad illudendum ei.* Aquel Leviatan carnicero, monstruo marino, de quien nos promete Job, que pescandolo nuestro Dios con su anzuelo, lo ha de dexar tan sin fuerzas, que sea la risa, la mofa, y el entretenimiento de la Plebe: *Nunquid illudes ei, quasi avi? aut ligavis eum ancillis tuis?* (*Job. c. 40.*) Así quedó el Demonio, por virtud de aquel Divino Pan Sacramentado, hecho un espantajo de risa: porque si comulgamos como debemos, nos tiembla, dice S. Chrystostomo: *Ab illa mensa recedamus facti diabolo terribiles.* (*Cryf. hom 61. ad P.*) Pues demosle la vaya à ese Tarascón fiero, triunfe en nuestras almas nuestro Soberano Dios Sacramentado.

Este es, pues, el fin de tanta fiesta, que pues hemos visto su principio, y sus medios, bien será que veamos su fin. En dos partes lo divide el Santo Concilio de Trento. El primero, para que hoy los que tuvieren sentimientos de Christianos, desagravien à Nro. Redentor de las afrentas, injurias, y tormentos, que por nosotros padeció en su Passion. Y esto ha de ser, cómo? Dixolo el Santo Concilio: *Singuli, & rara significatione.* No basta con qualquier devocion, no basta con qualquier afecto, sino con una singular, y rara demostracion de piedad. ¿Singular, y rara? Ah, Cathólicos! Por las calles de Jerusalem anduvo Nro. Redentor maniatado, y preso, mofado como loco, y malhechor, puesto entre dos ladrones; ¿y cómo lo haveis hoy sacado por esas calles? Vuestras almas lo han de decir: si

lo haveis adorado con ternuras del corazon, con afectos del alma, con reconocimientos agradecidos de la Fé, con esmerados actos de virtudes, con limpieza de la conciencia, triunfante ha salido nuestro Dios. Pero si han privado las vistas, si ha sido todo el cuidado à las galas, si ha sido toda la atencion à la vanidad, y si ha sido toda la fiesta cometer culpas: ¡Oh, Dios mio! Mira, mira, le decia en un día como éste su Magestad à Doña Sancha Carrillo, haviendosele aparecido cubierto de frescas llagas, corriendo viva sangre, aseado todo, y escupido: Mira como me maltratan hoy en el mundo, que me ponen tal, qual me ves. Oh, Señor, y estarás hoy así? Cada uno lo piense, lo pondere, y lo lllore, si es que haya lágrimas, que basten à llorarlo.

El segundo fin de salir hoy el Señor por esas calles, dice el Santo Concilio, es para que le recompensemos con rendidos amorosos obsequios los estupendos, y formidables desfachatos con que tantas veces se le han atrevido, no solo los Hereges, y Judios, sino aun los malos Christianos, recibiendo sacrilegamente aquel Divino Sacramento. Y para agravios tan inexplicables, tan estupendos, ¿quáles son en recompensa nuestros obsequios? Ponerse una gala este día, salir por esas calles à lucir? Gran cosa. ¡Ah, Fieles! ¿dónde está nuestra Fé, nuestro amor, nuestro agradecimiento, y nuestra devocion? Qué importa, que hoy sea tanto à la Procecion el concurso, si toda esta Octava se están las Iglesias casi solas, mostrando, que solo se busca hoy la diversion? Y plegue à Dios no sea peor lo que se busca! ¿Qué importa que à las fiestas acudan tantos à la Iglesia, si lo restante del día la dexan sola, mostrando que ván à buscar, no à Dios, sino à la música? Fieles míos, por el amor infinito, que à nuestro Dios en aquel Sacramento le debemos, por los beneficios inmensos, que así nos hace, ruego, y pido à todos, que sea éste el fruto de esta Platica, que cada uno, segun sus ocupaciones, dedique una hora, ò si quiera media cada día de esta Octava, para asistir devoto, y agradecido à su Dios, y Señor, patente en el Altar. Y para poner aliento à esta tan justa devocion, no quiero que sea el exemplo de los Serafines, ni de los Santos, no me digan, que ni son tan espirituales, ni tan Santos. Un bruto ha de ser el que nos ponga confuson, y vergüenza.

Historia prodigiosa, que refiere nuestro Eusebio Nieremberg, (*Nier. Hist. Nat. l. 9. c. 94. pag. 200.*) y afirma, que sucediendo en sus dias, tenia con mucha razon llena de admiracion à toda España. En la gran Ciudad de Lisboa, en la vecindad de la Parroquia de Santa Justa, un Pastelero tenía un perro de mediano cuerpo, color rubio, manchas blancas, llamabanle Tudefco. Bien merece que escriban sus señas, y su nombre un perro tan prodigioso. Este, ò por destino de su dicha, ò por disposicion admirable de la Providencia, se dedicó todo à servir al Santísimo Sacramento, con tal cuidado, que al punto que con las campanas hacian en la Parroquia la señal de salir el Santísimo, donde quiera que estuviese, y à qualquier ho-

hora, al punto, dando saltos regocijados, corria ligero à la Iglesia, rodeabala toda, y volviafe à su casa, hasta que à la segunda seña de que yá el Señor salía, volvia otra vez corriendo; y despues de hacer muchas fiestas, ganaba su lugar delante del palio: iba con el Señor, y entrando en la casa del enfermo, echabafe con toda quietud en el patio, hasta que saliendo su Magestad, volvia de la misma fuerte, hasta entrar en su Parroquia, y jamás se apartaba, hasta haver encerrado el Santísimo en su Tabernáculo. Empezó yá à causar reparo esta contiunacion de este dichoso animalillo; y por ver si era solo contingencia, pusieron quantos medios fueron posibles por detenerlo, por divertirlo, ò por engañarlo, porque ni acariciandolo su amo, se daba por entendido entonces, ni arrojandole carne, bastó jamás para detener su gana, por correr à la Divina obediencia. Quitaron algunas veces los Monacillos, por ver si eran con ellos sus caricias; pero él proseguia con el Señor de la misma fuerte. Lo encerraron muchas veces, pero en oyendo la campana, con las uñas, con los dientes, con la inquietud, con los gemidos se hacia pedazos, hasta que obligaba la lástima à darle soltura, y al punto corria exalado à buscar el Santísimo, donde quiera que iba. ¡Hay mas racional animal! Pues lo mas prodigioso era su zelo. Iba delante del Señor, como he dicho, y siendo tan manso, no havia que burlar con su cólera, si viera alguno menos reverente. Así iba una noche, y en la calle estaba un hombre dormido, y por eso, descuidado de adorar al Señor, embistióle el Tudesco como un Tudesco, y no cesó de afligirlo, hasta que yá puesto de rodillas, sin mas diligencia se fofegó el perro. Otro Caballero iba en su caballo, y se le hizo muy difícil apearfe; pero el Tudesco se lo facilitó bien presto, porque le embistió con tal furia, que no huvo quien le detuviera, hasta que desmontó aquel, se puso de rodillas, y hé aqui el Tudesco fofegado; pero con mas prodigio, que haviendole el caballo quebrado una mano, no fue posible detenerlo para curarlo, sino que manqueando profugió con el Santísimo: llegó al enfermo, volvió à la Parroquia, y entonces, yendose à su casa, dexó que lo curáran. Otra vez, llena toda la Iglesia de tupido concurso, facendo el Santísimo, una muger se quedó en pie, y sin que al perro le pudiese estorvar la muchedumbre de la gente, saltando por entre todos, llegó à ella, y la acometió con tal furia, que parecia quererla hacer pedazos: hicieronle señas que se arrodillara, hizolo, y al instante se acabó el pleyto, y vuelvese el Tudesco haciendo fiestas. ¡Oh, bruto prodigioso, que así sabes enseñar respetos à los racionales! Por ultimo, Jueves, y Viernes Santo, por espacio de veinte y quatro horas estuvo este animal asistiendo al Santísimo Sacramento, con tal fineza, que olvidando de la comida, no huvo quien del Altar lo apartara.

Oh, mi Dios, y Señor Soberano de nuestras almas; si así en un bruto hallas amor, veneracion, zelo, y respeto, ¿cómo podrán resistirse duros à tu

amor nuestros corazones? Triunfa, mi Dios, triunfa, que à tus debidos obsequios rendimos muy gustosos toda nuestra Fé, ofrecemos por víctimas cautivas nuestras almas en tu amor, y regocijada te repartirá estos dias alegres alabanzas nuestra esperanza, que si acá nos concedes la dicha de acompañarte, y gozarte en tu Soberano Sacramento, fuente de la gracia, esperamos en tu infinito amor, que te veremos tambien con colmo felicísimo de Gloria.



PLATICA VIII.

POR QUÉ DE ENTRE TODAS las demas Insignias de la Pasion de nuestro Redentor, sola la Cruz es la insignia, y señal del Christiano.

A 10. de Junio de 1690.

Para entender las leyes, se han de leer las rúbricas, y es reglilla muy repetida de los Juristas: *Lege rubrum, si vis intelligere nigrum; rubrica textum explicant.* Es el caso, que al principio de cada ley se pone en breve de letras coloradas, por eso se llaman rúbricas; se pone, digo, ò la ocasion, ò la circunstancia, ò el tiempo, en que se hizo aquella ley, y así se conoce en qué está su vigor, y fuerza; por eso, pues, dicen, que para entender la ley, que está de letras negras, se han de leer las letras coloradas. ¡Y qué buena regla para nuestra Doctrina! Tenemos en la Cruz, Christianos, el compendio de todas nuestras leyes, el resumen de todas nuestras obligaciones, y lo que es mas, tenemos en la Cruz, como dixo San Pablo, (1. ad Cor. 1. 25.) cifrada, y junta toda la Sabiduría de Dios, y para que podamos entender los inescrutables secretos de la Divina Sabiduría, que en la Cruz se encierran, para que atendamos quanta es la fuerza de las obligaciones, y las leyes que la Cruz nos pone, hemos de leer en esa Cruz las rúbricas: quiero decir, aquellas letras coloradas, que con la púrpura de su Sangre tiene escritas en tan lastimosas llagas el Soberano Cuerpo de nuestro Dios, que está en esa Cruz crucificado. Oh, si este fuera nuestro continuo libro, nuestro estudio, y nuestra meditacion, cuánto sería, almas, nuestro provecho! Cómo nos ajustariamos à las leyes, que nos pone la Cruz, si leyéramos aquellas coloradas rúbricas en el Cuerpo de nuestro Redentor! A vista suya se nos harian muy faciles los preceptos, que nos parecen tan dificiles; allí veriamos muy suaves las virtudes, que tan asperas, y tan arduas nos parecen. Yá, pues, hoy nos toca ver las rúbricas de la Cruz: vimos yá como la Cruz es nuestra insignia, y nuestra señal; sepamos ahora por qué.

Es-

Este por qué es la pregunta que se sigue en el Catecismo, y antes de responderla, veamos la dificultad, que embuelve solapada este por qué, que no sé si la repáran todos; y en advirtiendola, entonces le agradecerán al Catecismo lo facil de su respuesta. Es cierto, que así como la Cruz fue instrumento de la Pasion de Nro. Redentor; así tambien fueron instrumentos de su Pasion la Coluna, los Azotes, la Corona, los Clavos, y la Lanza. Si la Cruz tuvo la dicha de tocar tan inmediatamente su Divino Cuerpo, tambien la tocó, y aun con mas inmediacion, la Corona, que le penetró con sus espinas la cabeza; los Azotes, que le desgarraron sus carnes: los Clavos, que le traspasaron sus santísimas manos, y pies: y la Lanza, que entró su punta hasta su purísimo corazon. Ahora, pues, la dificultad; y veamos qué me responden. ¿Por qué sola la Cruz ha de ser la insignia, y la señal del Christiano, y no la Coluna, los Azotes, la Corona, los Clavos, ni la Lanza? Si es porque la Cruz fue instrumento de la Pasion de Nro. Redentor, todos aquellos fueron tambien instrumentos: si es porque la Cruz tocó tan inmediatamente à su SS. Cuerpo, tambien le tocaron todos aquellos instrumentos: ¿pues por qué de todos sola la Cruz es nuestra insignia? ¿Por qué sola la Cruz ha de ser, y es la señal del Christiano? Este es aquel por qué del Catecismo. Miren si tiene dificultad, y tal, que se empeña à responder el Principe de los Theólogos. Ventila este punto el Angélico Doct. Sto. Thomás en la 3. p. q. 25. art. 3. ad 4. (Vid. Suar. 1. 3. in 3. p. disp. 52. seff. 2.) Y hace el argumento en materia de adoracion. Es cierto, que así como adoramos la Cruz, por lo que mira al contacto que tuvo al Sacrosanto Cuerpo de Nro. Redentor, adoramos tambien todos aquellos otros instrumentos; pero con distincion, que la Corona, la Lanza, y los Clavos, &c. la adoramos solo la original, quiero decir, aquella misma, que tocó inmediatamente al Señor, donde se guardan estas preciosas reliquias, estos preciosísimos originales; mas no por eso adoramos luego qualquiera corona de espinas. No adoramos una lanza, una coluna, ni un clavo, porque la adoracion se la debemos solo à aquellos mismos, que fueron instrumentos, y que tocaron al SS. Cuerpo de Nro. Redentor, no à sus retratos. Pues ahora, la Cruz no es así; que no solo debemos dár adoracion à aquella misma Cruz en que fue crucificado Nro. Redentor, sino tambien à qualquiera otra imagen suya: no solo adoramos el *Lignum Crucis*, que así llamamos las reliquias, que se guardan de la Cruz misma de Nro. Redentor, sino que tambien debemos adorar qualquier Cruz, sea de lo que se fuere, de plata, de oro, de madera, y aunque sea de popote. ¡Pues valgame Dios! Por qué ha de tener esta ventaja solo la Cruz, de que la adoremos, no solo en su original, sino en qualquier retrato suyo, y no así la corona, los clavos, la lanza, &c. que solo los adoramos en su original? Estos no fueron, tambien como la Cruz, instrumentos de aquella Pasion Santísima, con que fuimos

remidos? *Si. Ista tamen* (responde yá el Angel de las Escuelas) *ista tamen non representant imaginem Christi, sicut Crux, que dicitur signum sibi hominis: & indè est quod Crucem Christi veneramur in quacumque materia: non autem imaginem clavorum, vel quorumcumque hujusmodi.*

Es el caso, que ni la corona, ni los clavos, ni la lanza, son imagen, y retrato de nuestra Vida Christos; ò no lo vén: Una corona, en qué se parece à un hombre? En nada, y lo mismo los clavos, la lanza, y lo demás. Pero la Cruz es una imagen, es un retrato de nuestra Vida Christo crucificado. ¿Qué es un hombre estendidos los brazos? Una Cruz. Pues por eso solo à la Cruz, y no à los otros instrumentos, de qualquiera manera que sea, le debemos la adoracion, dice S. Thomás, porque ella solo es figura, è imagen de Christo; ella sola es la señal de Christo: *Que dicitur signum filii hominis*, añade el Angélico Doct. Ahora, pues, à nuestro intento. Sola la Cruz es la insignia, y señal del Christiano. ¿Por qué? Y yá que han visto la dificultad de este por qué, le agradecerán la respuesta tan breve, y tan clara al Catecismo. *Porque es figura de Christo crucificado, por quien fuimos redimidos en ella.* De modo, que ni la corona de espinas, ni los clavos, ni la lanza, ni ninguno de los otros instrumentos de la Pasion, son la insignia, y señal del Christiano; porque no son figura, ni son imagen de Christo, y sola la Cruz, porque es figura, porque es imagen de Christo crucificado, es nuestra señal, es nuestra insignia.

¿Y qué se sigue de aquí? ¡Oh, Dios, lo que se sigue! Se sigue, que no nos basta tener la Cruz, si con la Cruz no tiene en sí mismo cada uno de nosotros la imagen del Crucificado. Se sigue, que de nada servirá retratar à Christo con la Cruz en la frente, si no retratamos à Christo con la Cruz en la vida. Se sigue, que nada aprovechará hacernos con la Cruz la figura de Christo, si con las costumbres retratamos la fiereza abominable del Demonio. *Pretiosum est signum Crucis*, dice S. Pedro Damiano, *sed prout gestamus in fronte, utinam portemus in corde.* (Pet. Dam. Ser. 40. de S. Cassian.) Preciosa es la señal de la Cruz; ¿pero qué nos valdrá todo su precio, si trayendola en la frente, no la traemos en el corazon? Aquel la trae en su corazon, que con todo su amor ama al que fue crucificado en esta Cruz, que guarda sus Preceptos: que los que tienen por su Dios al vientre, à los deleytes, à los apetitos, ¿qué importa que hagan sobre sí la señal de la Cruz, si son enemigos de la Cruz, dice San Pablo: *Inimicos Crucis Christi?* Alexandro Luzaggio, Varon muy espiritual, repetia muy de ordinario esta sentencia: *Es imposible tener el Crucificado sin Cruz.* (ad Phil. 3. ap. Lyr. fol. 330.) ¿Christiano, quieres tener en tu alma à Christo crucificado? Pues has de tener Cruz en tu alma; y si no puede haver crucificado sin Cruz, tampoco la Cruz ha de estar sin el crucificado, que es su figura, es su retrato, es su imagen. Pues si lo es, ¿cómo hemos de retratar con la Cruz al crucificado? Con el agradecimiento, con la imitacion, con la vida.

Mi-